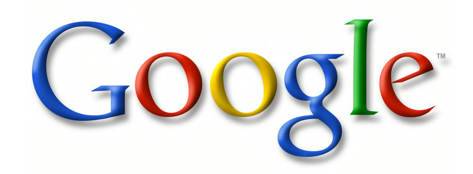
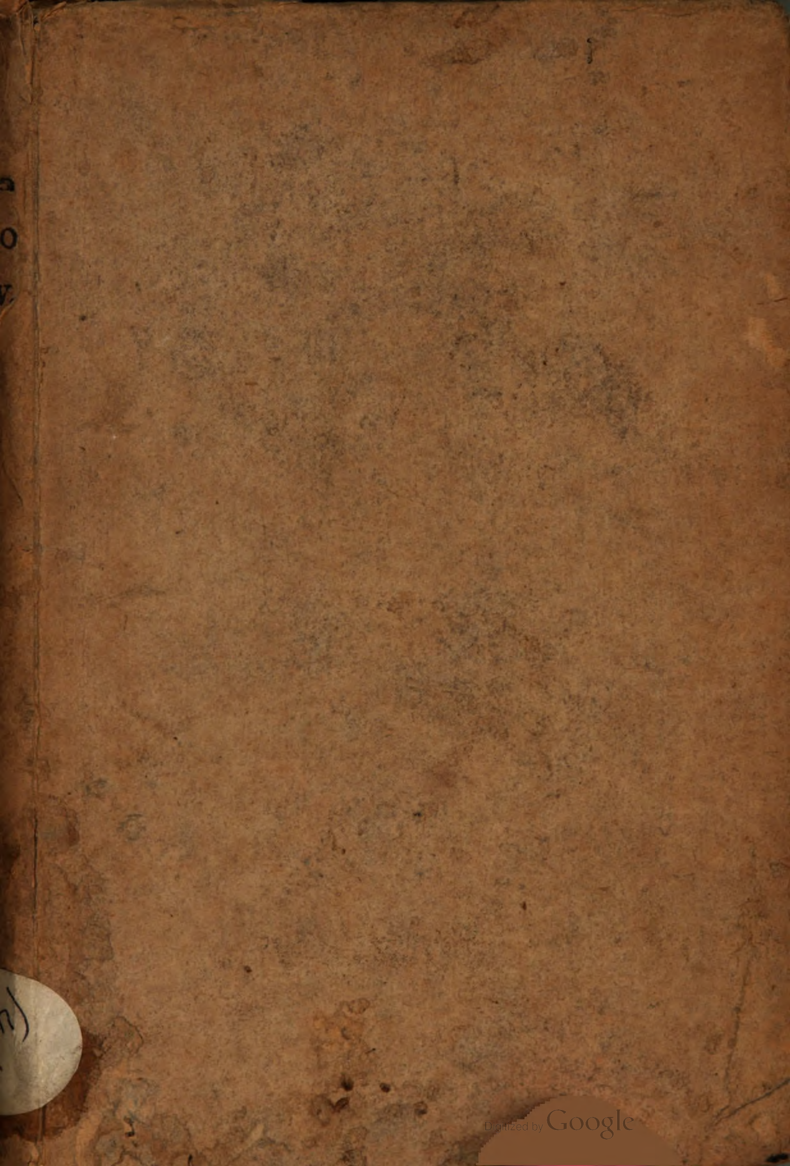
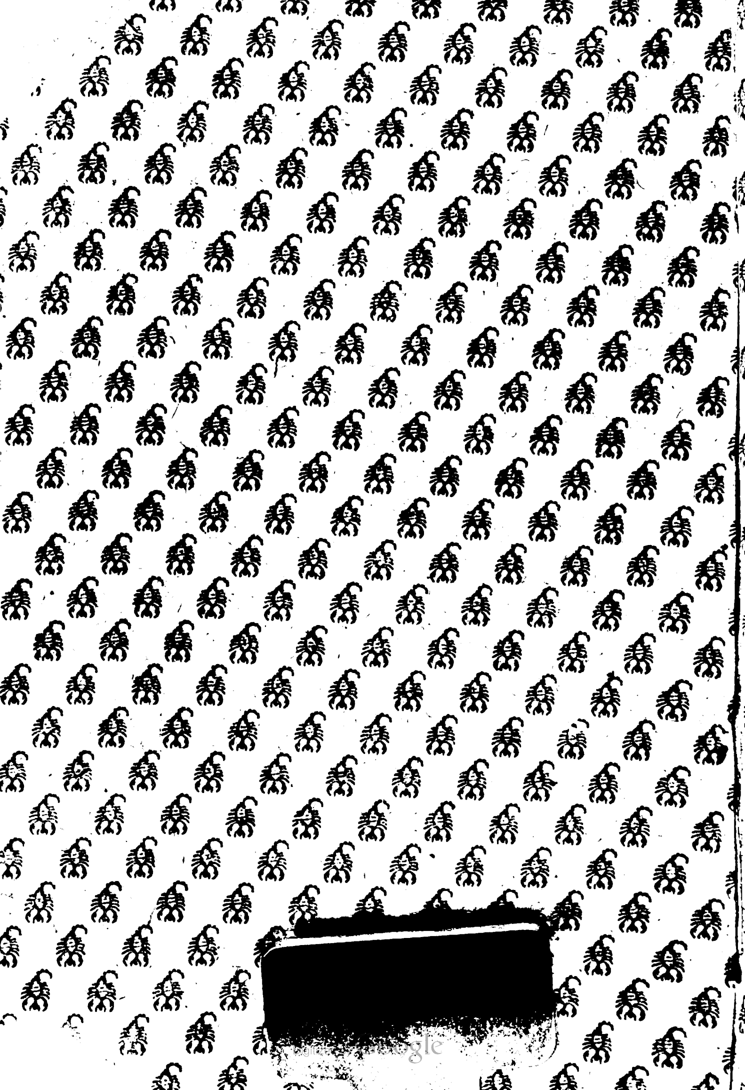
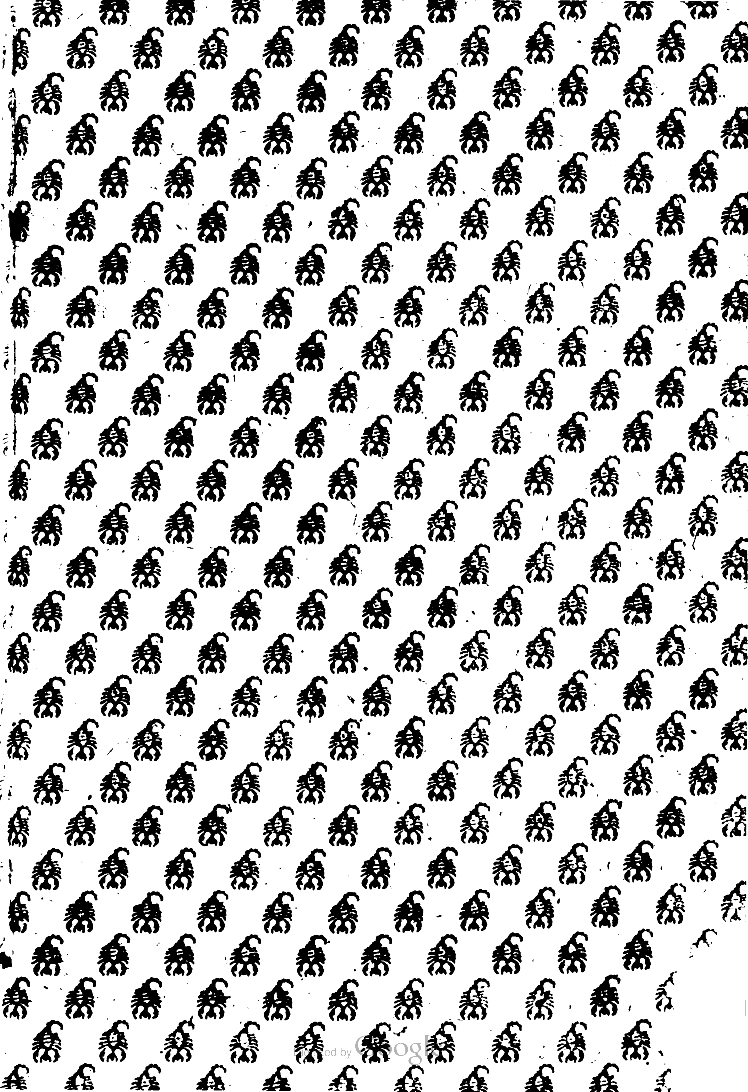










Bausac. Sc.t

Jph Carnicero delin.

ELOGIO HISTORICO

DEL SANTISIMO PADRE

BENEDICTO XIV.

QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

EL MARQUES CARACCIOLO,

Y TRADUCE EN CASTELLANO

D. JOAQUIN MÓLES, Presbytero, Catedratico que fue de Rhetorica, Poesia, y Theologia, Theologo, y Examinador de la Nunciatura de España.

MADRID: MDCCXXX.

En la Oficina de D. MANUEL MARTIN.

AL EXCMO. SR.

D. MANUEL VENTURA FIGUEROA,

GOBERNADOR DEL REAL Y SUPREMO CONSEJO Y CAMARA DE CASTILLA,

PRELADO GRAN CRUZ DE LA REAL DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III,

VICE PRESIDENTE DE LA REAL JUNTA DE LA INMACULADA CONCEPCION,

COMISARIO GENERAL DE LA SANTA CRUZADA, Y LAS TRES GRACIAS, &c. &c. &c.

EXCELENTISIMO SEÑOR:

El dia mas glorioso para la Iglesia en el Pontificado de Bene-

*

dicto XIV. fue aquel en que se vió á sus pies al Rey Carlos, Conquistador de Napoles, recibiendo su bendicion, fecunda Madre de las felicidades, que ahora logramos los Españoles con este mismo Soberano. Bendicion muy semejante á la de Isaac á Jacob, y de Jacob á Ephrain, que no eran los Primogenitos entre sus hermanos.

Escogió la Providencia á D. Carlos entre sus Augustos Hermanos Luis I, y Fernando VI por tronco con frondosas ramas, y frutos para perpetuar sobre el trono de España el arbol de la Familia de Borbon, cu-

ya raíz es la Fé Cathólica.

Esta virtud, que le imperó al Defensor, y Bienhechor Grande de la Iglesia, la profunda humildad de echarse á los pies del Vicario de Jesu Christo, le puso en premio por disposicion divina la Corona de España en la cabeza, como que havia de radicarla, protegiendola en todas partes, y difundiendola por los Ministros Evangélicos en nuevos países suyos de las Indias: amparando, y enriqueciendo con Reales quantiosas dádivas á las Iglesias; auxiliando la mejor Eclesiástica disciplina; promoviendo la educacion mas culta; mejorando los públicos es-

tudios ; fomentando el libre comercio, la agricultura, y la universal industria de su Reyno ; aumentando el exército, y la marina con decoro de su vandera ; levantando suntuosas fabricas para el servicio público ; estableciendo los correos maritimos, las Sociedades Económicas, y nuevas Academias de las Artes ; siendo tan Rey (que lo es de la mano de Dios por derecho de sangre, y naturaleza) como Padre amado ; y los pies, y manos de sus vasallos.

Estas felicidades, buelvo á decir, nos vinieron de la Bendicion Apostólica que dió Benedicto XIV al gran Rey que ahora nos go-

bierna; y la mayor que las encierra y eterniza todas, es la de la Real propagacion de sus hijos, y nietos, vivas imagenes suyas semejantes en los heroycos pensamientos, en las virtudes eminentes, y en ser imánes atractivos del sincéro afecto, y afianzada lealtad de los Españoles.

V. E. lo sabe todo esto como el que mas, de vista, de oídas, y de experiencia, tocandolo con sus propias manos en los innumerables gravisimos negocios, que sin cesar pasan luego de las Reales á las suyas, descansando enteramente el Monarca en la sabiduría, lealtad, justicia, prudencia, y ge-

neral aceptacion lograda á expe-
riencias de públicos aciertos de
V. E. como en unas inmediatas
subalternas sienes de su Corona.

Pero aunque se halla V. E. colocado en el principal, mas honorifico nicho del Templo de Astrea en nuestra España, y disgusta mucho de los inciensos de lisonjas, y aun de propias debidas alabanzas; mas el dedicarle, ofrecerle, y tambien darle lo que en esta Obra notoriamente es suyo, es justicia. La Conclusion del Concordato entre Benedicto XIV, y Fernando VI para tanto bien de la Iglesia de España, efectuada por el manejo de V. E. debo yo vin-

dicarla del injusto silencio del tan celebrado Nombre de V. E. que usa el Marques Caracciolo, y expresar el agradecimiento de la Nacion á la mano, que nos proporcionó el beneficio. El concepto elevado, y sumo aprecio, que hizo de V. E. Benedicto XIV, acabó de determinar, y con razon, á nuestro favor su ánimo Pontificio. El SS. P. hizo entonces en aquel asunto lo que está haciendo ahora por los mismos motivos en casi todos, nuestro Rey D. Carlos III.

Entrambos conocieron y trataron al SS. P. Benedicto XIV; y viendo al frente de este ELOGIO HISTORICO el Público presente, y

venidero á dos tales testigos de vista, y trato del Sugeto, como son un Rey Cathólico, y un Gobernador de su Consejo, que pudieran, sino fueran asi, desmentirlas; no dudará de lo veridico de la relacion de las acciones de tan singular heroe Pontifice.

N. Sr. guarde la importante vida de V. E. para bien comun nuestro muchos años.

Servidor, y Capellan

de V. E.

Q. S. M. B.

Joaquin Móles.

PROLOGO.

SI la admiracion del Público á Benedicto XIV no ha sido un entusiasmo pasagero, sin duda será una cosa en que interese la curiosidad, leer la relacion de sus acciones, ó mejor de sus virtudes. Pero somos nosotros tan variables, é inconsiguientes, que lo que ayer nos encantaba, ya hoy no nos da el menor gusto. Los hombres grandes

entre nosotros tienen su sazon, como las modas; y freqüentemente hacen su muerte, que los olvidemos. Sin embargo Benedicto será el heroe de todos los Siglos; y la posteridad leerá su Historia como uno de los sucesos mas dignos de atencion. Es de admirar ciertamente, que hasta ahora no se haya publicado alguna. Y asi sin tener otro fin, que suplir esta falta, me he movido á publicar

es-

este Compendio. Lo qual he podido executar con mas facilidad, que otro alguno, por haver sabido de muchos Cardenales la mayor parte de las anecdotas, que refiero, y tenido la fortuna de ser particularmente conocido del mismo Benedicto XIV, como se vé por la Carta que pongo adjunta.

CAR-

CARTA
DE MONSEÑOR ROTA,
SECRETARIO
DE LA SIGNATURA,
AL MARQUES CARACCIOLO.

Muy Señor mio: he recibido con el mayor gusto la última Carta de V. S. y me alegro de lo mas íntimo de mi corazon del feliz exîto de su viage á Nápoles: espero su re-

gre-

greso á Roma., en donde quedará plenamente convencido de que N. S. P. al qual tuve el honor de presentarle la Carta de V. S. para su Santidad, se mostró muy contento de recibir noticias de V. S. Entre tanto puedo decir á V. S. de su parte, que gustará mucho de vér el libro de que V. S. le habla, y que lo leerá con el mismo gusto, que las otras producciones del in-

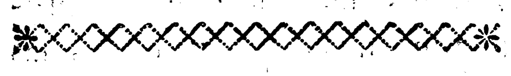
ge-

genio de V. S. Esté V. S. en la persuasion, que nadie hay que le profese mas estimacion, y afecto que

el mas rendido, y obediente
servidor de V. S.

Rota.

Roma 1 de Febrero de 1755.



ELOGIO HISTORICO DE BENEDICTO XIV.

NO tengo embarazo alguno en decir, que mereceria nuestro Siglo la indignacion de la posteridad, si no consagrase sus elogios á la memoria de un Pontifice digno de los mejores tiempos de la Iglesia. El Panegyrico de Benedicto XIV es el de las Ciencias, y las Artes, y aun el de la misma Religion, como será el adorno de la Historia. Tantos

A son

son los hechos que comprehende su vida, y tantas las épocas que le aseguran la inmortalidad.

La sencilléz será todo el merito de este Elogio. La verdad no necesita ni esfuerzos ingeniosos, ni frases acomodadas. Nunca se alaba dignamente á los hombres grandes, sino quando se ciñe uno á manifestar que lo fueron. Hagamos ver lo que fue Benedicto; y queda con esto hecho perfectamente su elogio.

Nació en Bolonia, famosa Ciudad de Italia, en 31 de Mar-

Marzo de 1675, y fue llamado en el bautismo, que se le administró en la Iglesia de S. Donato, *Prospero Lorenzo.* Su Padre *Marcelo Lambertini*, y su Madre *Lucrecia Bulgarini*, ambos ilustres por su nobleza, tardaron poco en conocer las grandes prendas de su hijo. No quiero añadir aqui, que lo penetrante de su talento era un presagio de la elevacion en que se havia de ver despues, y que Pablo Pasi, su Maestro, mas se empleaba en admirarle, que en instruirle. Los elogios de esta especie han llegado á ser tan comunes,

que no puede hacer pie en ellos Historiador alguno, ni conseguir que formen ningun gran concepto los Lectores. No busquemos pues al hombre en la infancia, que es un estado, que siempre humilla á la naturaleza; á menos que no intervenga milagro; y no nos sirvamos de fundamentos equívocos para alabar á un Pontifice tan célebre por tantas acciones memorables.

Enviaronle sus Padres á Roma al Colegio Clementino, de que los Padres Somascos (Congregacion de Clerigos Se-

Seglares) tienen la direccion. No tenia entonces sino trece años; y por su aplicacion, y talento se ganó la voluntad de sus Maestros. Una extremada facilidad, de que era dotado, le allanaba todas las dificultades, y un genio risueño, que era su caracter, le hacia agradables los mas fastidiosos estudios. Acabadas la Gramatica, y Philosophia, determinó beber la Theología en su misma fuente. Para lograr esto con seguridad, Santo Thomás fue su Maestro, su Escuela la Biblioteca de los Padres Dominicos, y el trato

con ellos su compañía. El mismo confiesa deber todo lo que sabía á los Personages afamados de esta Orden, fecunda siempre en hombres grandes; y mas que á otros al Cardenal Ferrari, de cuyas luces se aprovechó muchas veces, y recibió favores singulares.

Entregado á las Ciencias por reflexîon, y por gusto, no interrumpió el estudio de la Theología, sino para aplicarse al Derecho Civíl, y Canónico, materia en que los Franceses se contentan quedarse con una tintura, pero los Italianos cuidan de profun-

fundizar. Sus progresos, tan rapidos como su ingenio, le hicieron acreedor en poco tiempo á la Abogacía Consistorial, destinada para un noble de Bolonia. El la desempeñó como Maestro, sin necesitar de otro que de sí mismo para encontrar la verdad en las qüestiones obscuras, y contenciosas. Sus consejos eran siempre tan seguros como la misma Ley, y su actividad tan pronta como el deseo de los litigantes.

Como su zelo, y sagacidad le hacian un sugeto á proposito para todos los empleos,

le hicieron Promotor de la Fé, oficio trabajoso, y delicado, en que se trata de exâminar las acciones, los motivos, y los milagros de los Siervos de Dios, de quienes se solicíta la Beatificacion; en que es preciso inquirir la naturaleza de los testimonios, y el caracter de los testigos, mantenerse firme contra la autoridad, y recomendaciones de los sugetos; no admitir accepcion de personas, desconfiar de las ilustraciones, que el espiritu sobrado credulo, ó que gusta en exceso de lo maravilloso, confunde muchas veces

con

con las inspiraciones; distinguir la accion del hombre de la de Dios; en fin, pleytear contra los mismos Santos, para consolidar su santidad con mas certeza, y mas solemnidad.

Lambertini esparció tantas luces sobre todos estos asuntos, que fueron el objeto de una excelente Obra suya, y llegaron á parecer demostraciones, aun á los ojos de algunos Protestantes. El apresuró con su aplicacion al trabajo la Canonizacion de S. Pio, cuya causa examinó con el mayor cuidado.

Despues de haverse deteni-

nido algunos meses en Bolonia, donde hizo un viage para conocer á los sugetos que ilustraban su Patria, volvió á Roma, y Clemente XI. (Albani) demasíado apreciador del merito, para dexarlo sin premio, le nombró Canonigo de la Iglesia de S. Pedro en 1712, y el año siguiente, le ascendió á la Prelatura, Dignidad, que aunque por sí misma no da ninguna jurisdiccion, pero que coloca al sugeto en carrera en la Corte Romana.

Entonces fue quando el nuevo Prelado lleno de amor á las Ciencias, y á los sabios,

bios, buscó conexiones con todos los que amaban el estudio, y conocian el precio que se merece. No huvo Biblioteca, que menudamente no escudriñase, ni buenos libros de que no sacase el jugo de su substancia. Veiasele cada dia pasar de un Museo á otro, ir con diligencia á descubrir alguna medalla antigua, ó algunos manuscritos; estudiar la perfeccion de las Artes; buscar finalmente con ansia entre tantos estrangeros, de que abunda Italia, á todos los que le podian instruir, y dar algunas luces. Les preguntaba,

les fondeaba, y no les dexaba, hasta tanto que, para decirlo así, les llegaba á agotar todas quantas noticias tenian, y quanto alcanzaban. Muy poco cuidado se le daba de que fuesen ricos, ó pobres, nobles, ó artesanos: él sabía que la necesidad es con freqüencia la compañera de los talentos; y que qualquiera es siempre bastante grande, quando es Philosopho.

Los Procuradores Generales de la Congregacion de S. Mauro, que se hallaban en Roma en su tiempo, se hicieron sus amigos; y su trato,

co-

como él mismo lo referia, le fue de un gran provecho. El contraxo amistad sobre todos con el P. Montfaucon, en el qual admiró siempre el candor, y la erudicion. Si se dexaba ver en las concurrencias, no era sino para esparcir en medio de una vida, que fue siempre irreprehensible, una graciosa amenidad, fruto de su buena conciencia, y de su bello caracter.

Su aplicacion continua al trabajo le obligaba á tomar unos dias de recreacion, de que no se siente la necesidad hasta que se es Philosopho. El

hom-

hombre en sociedad alternabà con el hombre en el retiro; y aquel mismo Lambertini, de que todo el mundo admiraba la profundidad, y solidez, se entretenia como el sugeto menos capáz de tener ocupacion.

Roma zelosa de poseer un hombre tan singular, no cesaba de brindarle con los empleos, y Dignidades. Se le vió casi al mismo tiempo Consultor del Santo Oficio, Individuo de la Congregacion de Ritos, de la de las Inmunidades Eclesiásticas, y de la de la Residencia de los Obispos,

y

y al fin Secretario de la Congregacion del Concilio. Parecia que la Providencia no le elevaba á todas estas Dignidades, sino para manifestar los diferentes talentos con que le havia tan liberalmente enriquecido. Era tan general la persuasion de la universal extension de sus conocimientos, de su aplicacion al estudio, y de su zelo de la Religion, que Inocencio XIII (Conti) creyó que debia añadirle á sus muchos empleos el de Canonista de la Penitenciaría. Le confirió esta plaza en 1722.

Qualquiera otro que Lamber-

bertini se huviera sin duda abrumado baxo del peso de tantos cargos; y él se tomaba como por un genero de entretenimiento aclarar las qüestiones mas enmarañadas, compendiar los Autores mas abstractos; cotejar las costumbres con las Leyes, descifrar exâctamente las datas, observar las circunstancias, y los lugares; reducir en fin todas estas fatigas á analysis, las quales venian casi siempre á ser las resoluciones de los Jueces. ¿Quántas veces no fue él el consejo, el oraculo, y la antorcha de las diferentes Congre-

gre-

gregaciones, á que su merito le habia asociado?

No hay Tribunal alguno en Roma, que no cite hoy á Lambertini, como á quien hace autoridad sobre muchos puntos disputados; y es cosa pasmosa, que los estudios tan abstractos, y espinosos jamás resfriaron su imaginacion, ni alteraron su buen humor. Siempre vivo, siempre festivo, hablaba por agudezas, como los Filosofos por sentencias; y su costumbre de decir expresiones agudas, y hacer uso hasta de los *chistes Boloñeses*, hacia su conver-

sacion pintoresca (*). Nadie supo mejor mezclar lo agradable con lo dulce; nadie supo mejor despertar la atencion. Se huviera dicho que tenia dos almas: la una aplicada toda á las ciencias, y á sus obligaciones; y la otra á proposito para los recreos de la sociedad, de la qual él era las delicias.

Apenas Benedicto XIII (Orsini) aquel Santo Padre, [illegible] de

(*) El Patan, ó Lenguage de los rusticos Boloñeses consiente algunas expresiones libres, y atrevidas; que no las permitiria otro idioma, las quales jamás pudo olvidar Benedicto XIV, porque las habia oido desde su infancia.

de quien la posteridad verá tal vez las reliquias sobre nuestros altares, empezó su Pontificado, quando le dió las muestras mas distinguidas de su estimacion, y confianza. Despues de haverle nombrado Arzobispo de Theodosia en 1726 (Arzobispado *in partibus*) le dió el Obispado de Ancona en 1727; pero no le consintió ir á su Diocesi, sin valerse primero de sus luces, y consejos; y hasta verle sobresalir en el Concilio Romano, aquel Concilio, cuyo principal objeto era la disciplina, y que fue el fruto de

un zelo verdaderamente Apostolico.

Llegado á Ancona se dedicó sin limitacion á todos los trabajos del Obispado: Visitas, Synodos, Cathecismos, Instrucciones: en todo se empleó en la edificacion de su Pueblo, y de su Clèro. Miraba á los Curas como á sus Coadjutores, y huviera creido, que no cumplia con la Iglesia, ni consigo mismo, si no los huviera hecho respetar. Ellos componian su compañia, ellos eran su Consejo, y esta dichosa, y santa armonia era una semilla de bendicion. Veiase

con

con admiracion, que el Obispo *no dominaba sobre los Eclesiasticos*, segun el precepto de San Pedro: y que los Eclesiasticos obedecian, aun más por amor, que por obligacion.

Asi vivia nuestro ilustre Prelado, dando á la oracion, y al estudio todo aquel tiempo de que podia disponer, sin faltarles á sus Diocesanos, quando el Soberano Pontifice le creó Cardenal del titulo de Santa Cruz de Jerusalen. Fue esto en 30 de Abril de 1728, quando con esta promocion tan gloriosa á la Santa Sede,

y tán útil á la Iglesia se colmaron los deseos de los que conocian á Lambertini.

Se le veia correr á pasos de gigante en la carrera de los honores, sin que fuese posible sospechar en él los menores pensamientos de interes, ni de ambicion. Pero qué digo? antes bien, enemigo de las grandezas, gemia á medida que los otros tenian gusto de levantarle. El menor grado de ciencia le parecia digno de preferirse á todas las Dignidades; y huviera querido que no se entendiese que estaba en el mundo para otra cosa, si-

no para tener sola la ventaja de estudiar, y discurrir.

Fue preciso con todo, que consintiese en la asistencia á diferentes Congregaciones, que requerian mucha ilustracion, y sagacidad. Los honores le iban buscando á pesar suyo, y asi su humildad como su sabiduria servian como de dos brazos para su elevacion. Haviendo el fallecimiento de Benedicto XIII abierto el Conclave en 1729, dió el Cardenal Lambertini pruebas de su sabiduria, y capacidad. El fue uno de los que contribuyeron á hacer elegir á Cle-

mente XII (Corsini), y que de allí adelante tuvo mas cabida en su confianza. Este Pontifice, á quien la justicia, y rectitud de corazon hicieron recomendable, le consultó muchas veces en circunstancias criticas; y para dar mayor exercicio á su zelo, le nombró Arzobispo de Bolonia en 30 de Abril de 1731. Era justo que esta Ciudad conociera por otro medio que por las relaciones la feliz planta que havia producido, y que gustase sus excelentes frutos.

Pero ¿cómo es posible referir aqui por menor los traba-

jos, y las virtudes de las quales solo el compendio compondria muchos libros? Sus obligaciones formaron el texido de su vida. Bastaba saber que cosa era la que tenia obligacion de cumplir, para saberse con seguridad lo que haria. Se franqueaba igualmente á los rudos, que á los sabios, asi á los pobres como á los ricos, á los pequeños, como á los grandes; y su presencia en ninguna ocasion fue infructuosa.

No se necesitaba comprar el honor de verle, ni al precio de cortesias, ni de deten-

cio-

ciones. Era aquel Filosofo, de quien habla la Bruyere, que dexa la pluma, é interrumpe una linea desde el punto que se trata de complacer á los otros.

Sencillo en su mesa, modesto, y casi pobre en sus muebles, y vestidos, no conoció otra grandeza, que la de instruir, y edificar, y para llenar mejor sus dias, muchas veces escribia al mismo tiempo que hablaba (*). Iba cada se-

(*) Su Palacio era la casa ya consabida de la concurrencia de los estrangeros, que iban en tropas á oirle.

semana á sacar del sepulcro de Santo Domingo el zelo que necesitaba, y á discurrir con los Discipulos de este gran Patriarca sobre las qüestiones mas importantes de la Theología.

Sus Synodos parecian las sesiones de un Concilio, sus conversaciones las conferencias de una Academia. Rodeado de los hombres célebres, que estaban entonces en Bolonia, y de los quales viven aún algunos, como Zanoti, Manfredi, Becari, Galeazzi, Buonafede, trataba las qüestiones mas importantes, y jamás la ver-

verdad llegaba á escaparse de sus investigaciones. Se hallaba aun en sus mismas agudezas materia de instruccion, y su mismo reir era eloqüente. Su buen humor disipaba toda apariencia de magisterio; y daba á las disputas una dulzura, y un agrado, de que no parecia, que eran capaces.

El Conde de Sales, Padre del célebre Cardenal Lance (*), hom-

(*) Este Cardenal, Limosnero Mayor del Rey de Cerdeña, vive del modo mas edificativo en su Abadia de S. Balegno, de la qual ha hecho un Seminario; y allí fuera del tiempo que ha de residir en Turin, se levanta à las quatro de la mañana, preside à las lecciones de Theologia, come en el

hombre singular por su ingenio, y por su erudicion, decia muchas veces á Monseñor Lambertini, á quien estimaba mucho, y con el qual tenia una entera confianza: *V. Emin.ª lo hará tambien, que ya no haya otro Arzobispo de Bolonia; porque no havrá nadie tan alentado para atreverse á serle su succesor.*

No obstante la envidia, que siempre persigue los talentos, le acusó al Santo Padre de que

mantel Refectorio, y asiste á todos los exercicios de Comunidad, dando à la Iglesia, y al mundo el modelo de la mas perfecta regularidad.

mantenia un Vicario General, cuya conducta, decian, que disgustaba á todos los Diócesanos. El ni se movió, ni se alteró, contentandose con escribir al Papa: „ Que havian informa-
„ do mal á su Santidad; y
„ que rogaba al Cielo todos
„ los dias, para que Jesu Chris-
„ to estuviese tan contento de
„ su Vicario, como él lo esta-
„ ba del suyo."

Asi disipaba las calumnias, aquellas nieblas, que forman casi siempre una atmosfera al rededor de los hombres virtuosos, y sabios. Decia freqüentemente: „ Que no era
„ per-

„ permitido sino á las gentes
„ ociosas, y limitadas dar oidos
„ á los chismes; y que havia
„ tenido la fortuna de no ha-
„ ver jamás hallado el secreto
„ de ocuparse en esto." Verdad es que toda su vida fue un trabajo continuo, y que su residencia en Bolonia es una época memorable por todas las Obras, que salieron de su pluma. Aqui es donde compuso los Estatutos Synodales, de que nos ha dado la Coleccion, y en donde sin pensar se retrataba á sí mismo, describiendo las obligaciones de un Obispo.

La

La ciencia Eclesiastica, aunque el principal objeto de sus estudios, no le hacia indiferente para los otros conocimientos. El honró la célebre Academia del Instituto (*) de que era individuo, con una escrupulosa atencion, haciendose dar cuenta de sus lecciones, de sus discursos, de sus descubrimientos; y su curiosidad en este punto le procuró unas lu-

(*) Está Academia goza ahora la ventaja de tener en su gremio á una Señora ilustre, llamada Laurea Bassi, que su ciencia la ha elevado á la gloria de regentar una Cathedra, y de dar publicamente en Bolonia lecciones de Philosophia.

luces que su genio sabia extender, y multiplicar. Al modo que la tierra calienta las semillas que la confian, las fecunda, y las transforma en flores.

Nueve años havia que nuestro insigne Cardenal ilustraba asi á su Patria, quando la muerte de Clemente XII le obligó á ir á Roma. Entró en el Cónclave sin el menor deseo, ni la menor idea de su elevacion; pero al ver que despues de muchos meses de deliberacion, nada se havia concluido, que los excesivos calores se hacian contagiosos, y

la mayor parte de los Cardenales se consuinian debaxo de los abrasados techos del Vaticano ; dixo con su ordinario gracejo estas palabras : " He!
" y ¿ para qué nos consumimos
" aqui en exâmenes , y averi-
" guaciones ? ¿ Quereis hacer
" á un Santo ? Nombrad á
" Gotti ; ¿ A un Politico ? A Al-
" dobrandi ; ¿ A un hombre
" de bien ? Elegidme ámí. " Al oir estas palabras se le ponen á mirar los Cardenales , se retiran ; y despues de haver conferido sobre sus singulares prendas , y sobre su inmensa erudicion , determinan , que no po-

podian hacer cosa mejor, que tomar de veras lo que havia dicho de burlas el Cardenal Lambertini. Se congregan, se pasa al escrutinio, y sale electo Papa en 17 de Agosto de 1740, con grande satisfaccion de toda Europa. Toma el nombre de Benedicto, en reconocimiento de haverle creado Cardenal Benedicto XIII.

Su primera accion fue un acto de clemencia, y de magnanimidad. Puso en libertad al famosisimo Cardenal Coscía, preso doce años havia en el Castillo de Sant-Angelo, por no haver querido pagar, ó

mejor diremos restituir una cantidad, en que la Cámara Apostólica le havia condenado.

Siguieronse las fiestas continuadas sin interrupcion por muchos dias; y Roma gloriosa por tener un Pontifice digno de compararse con los Gregorios, y con los Leones, celebró este triunfo con las aclamaciones, y monumentos.

El Cardenal Valenti de la Ciudad de Mantua, hombre tal vez el mas politico de su Siglo, y que conocia mejor los talentos y corazones, honró

ró al nuevo Papa siendo su Ministro. Los sugetos de buenas luces reconocieron por esta eleccion, que Benedicto XIV sabía discernir los hombres, y que queria dar al mundo el expectaculo de un famoso Pontificado.

Los favores de que colmó á los Cardenales Passionei, y Guerini, aquellos dos personages tan célebres en la Republica de las letras, no hacen menos justicia á su sagacidad. Tenia un indecible gusto de tratar con ellos; y sus conversaciones se parecian al movimiento de los cuerpos elec-

tricos , de los quales sale el fuego por todas partes.

No fue sino despues de haverles consultado, quando envió á los Obispos de Bretaña su derecho de nombrar á los Curas por el espacio de seis meses. Ello era cosa estraña, que los Presbyteros llegasen á ser Curas substrayendose de los ojos de sus propios Pastores, y sin tener muchas veces otro merito que haver estado en Roma, en donde la dificultad de conocer sujetos de tan lejas tierras, daba lugar á elecciones muy expuestas. Sin embargo ¿ quántos Papas hu-

huvieran temido disminuir su autoridad con esta concesion? Benedicto XIV no buscaba sino el bien de la Iglesia; y si para conseguirlo huviera sido necesario quedarse desnudo, siempre estaba en disposicion de hacerlo.

Este mismo motivo fue el que le determinó en los ultimos años de su Pontificado á condescender con los deseos de la Magestad de Fernando VI, Rey de España, que esté en gloria, quando no quiso éste Monarca consentir, que en adelante fuesen los Eclesiásticos de su Reyno á acabar en Roma

sus Estudios. (*) Manifestaron

su

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) El Marques Caracciolo se equivoca en decir, que los Españoles iban á Roma á concluir sus estudios. Iban á pretender la Dignidades, Canongias, y otras Prebendas de los Reynos de España, á que nombraba su Santidad. Como estas elecciones estaban expuestas á no hacerse en los mas dignos, como manda la Iglesia, asi por las obrepciones, y subrepciones que solian intervenir en exponer el merito, por parte de los pretendientes, en tan gran distancia de su patria; como porque estos substrayendose de la sujecion del propio Prelado, se iban á Roma en gran número con menoscabo de la mejor Eclesiastica disciplina, y mucho dispendio de España; se ajustó entre el Sumo Pontifice, y el Sr. D. Fernando VI. el Concordato, Obra á los ojos de Dios, y de los hombres tan digna de la económica piedad, y zelo de la Religion, y mayor lustre de la Iglesia de España, de aquel Monarca, como del desinterés Apostolicamente heroyco del Gran Benedicto XIV.

Al Concordato mirará la posteridad

co-

su disgusto los Romanos, publicando, segun acostumbran, que se violaban los Derechos de la Santa Sede, desahogando [illegible] su

---

como á una Estatua, no de la fabulosa Diosa Gentílica, sinó de la verdadera Christiana Concordia entre los dos Soberanos, reconociendo en su pedestal el nombre de su Artifice el Excmo. Sr. D. Manuel Ventura Figueroa, Gobernador ahora del Consejo, que la pulió, y perfeccionó magistralmente, tratando en persona con el Papa. Y aunque á su singular acierto en tan arduo negocio con sus relevantes prendas ha debido en lo succesivo los mayores empleos, y honores del Reyno, que le vemos exercer con tanto desempeño, y acreditada aceptacion asi del Monarca, como del Público; los juiciosos inteligentes discernirán con imparcialidad, si es aun mucho más lo que se le debe por los bienes espirituales, y temporales, que se han seguido, y seguirán perpetuamente á la Monarquía, é Iglesia de España, de la conclusion del Concordato.

su resentimiento con murmuraciones, y pasquines. El se mantuvo insensible á sus clamores, pensandose que no havia hecho mas que lo que debia.

La guerra, aquel cruel azote, que como un uracán, que se forma en medio de los dias mas serenos, y hace que pasen sus estragos de un país á otro, llegó á infestar á la Italia, y la llenó de Españoles, Alemanes, y Franceses. Tratabase de poner en pacifica posesion de los Dominios de Parma al Infante D. Felipe. El Papa ayudado del Cardenal Valenti, su-

supo preservar sus Estados de la terrible devastacion, que les amenazaba. Su penetracion, y sus disposiciones dieron acertadas providencias; asi para impedir la desercion, como para contener las incursiones; y tanto la autoridad de su credito, como la perfecta buena armonía con todas las Cortes, le hicieron acreedor al respeto de todos los Exercitos. El no vió á los Oficiales Generales introducirse hasta Roma, sino para tener la dicha de conocerle, y admirarle. Se referia como un triunfo, y como una ventaja solo el haverle visto.

En

En está ocasion fue quando tuvo el consuelo de ver al Rey de Nápoles (ahora Rey de España) ir en persona á rendir los debidos homenages al Vicario de Jesu Christo; y en vez de sacar ácia sí algun genero de vanagloria, no miró á esta accion por otro lado, que por verla ser un triunfo de la Iglesia. El no ostentó á los ojos del Monarca ni fausto, ni cosa alguna que oliese á soberbia, solo se vió su sabiduría, y sus virtudes mas propias para sostener el decoro de la Santa Sede, que todos los aparatos de una vana magnificencia. El

El Compendio de esta Guerra puede leerse en la Obra del célebre Bonamici, obra digna del Siglo de Augusto, por su bella Latinidad, y en la qual describe el Autor con una noble sencilléz el combate de Veletri, y las marchas, y victorias del Rey de Nápoles, que fue personalmente á rechazar á los Alemanes, y libertar las riberas del Tibre de sus hostilidades.

Los primeros años del Pontificado de Benedicto se emplearon en conocer, y providenciar á las necesidades particulares de cada Iglesia, en

nombrar para los diferentes Gobiernos á hombres íntegros, y capaces; en consolar á los desdichados; en hacer disciplinar sus Tropas; y en promulgar severos Edictos contra los blasfemos.

Verdad es que su grande aplicacion al estudio, y su correspondencia con los sabios partieron freqüentemente la atencion, de que era deudor á sus subditos; pero jamás prevalecieron á las obligaciones de Pontifice, ni á sus exercicios de piedad.

Impusose como una ley de baxar cada dia en medio de su

su Pueblo para ir adorar al Santisimo Sacramento en la Iglesia en que estaba manifiesto: costumbre tanto mas reparable, que sus Predecesores no salian de su Palacio, sino cinco, ó seis veces al año: costumbre que Clemente XIII, su digno succesor, practíca con tanta exâctitud, como edificacion.

Sabía Benedicto, que un Soberano tanto es mas grande, quanto es mas humano; y que procurando no dexarse ver, pierde insensiblemente el amor de sus subditos: que nada dista tanto del merito co-

como la soberbia, y que es ser debil, y timido el ser intratable.

Aunque nada tenia de aquel zelo indiscreto, y amargo, que indispone los ánimos, creyendo corregirlos; se vió obligado á expedir una Bula contra los Framasones, junta sin malas conseqüencias para los Estados, pero objeto de escandalo para la Iglesia, ya por su obstinacion en encubrirse, ya por su rigorosa exâctitud en exîgir el juramento: sociedad famosa en su principio, y al presente casi olvidada.

Pensó, como Pontifice de una

una verdadera penetracion, que si los Framasones tenian un secreto, que no se atrevian á publicar, obraban como aquellos que temen á la luz: que escandalizaban al Público, dexandole sospechar mysterios de maldad en su conducta, y en sus concurrencias; y que si no tenian secreto alguno, como es cosa el dia de hoy demostrada, pecaban contra el segundo Mandamiento, que manda no jurar el Santo Nombre de Dios en vano. Por otra parte sabía, que su admision no menos era un triste expectáculo, que una profanacion

de ciertas palabras de la Escritura, de que usaban temerariamente, para dar mayor peso á sus ceremonias de burlas.

Y asi su Bula no fue una condenacion vaga, y quimérica, como lo publicaron entonces algunas personas, que no saben mas que acusar, objetar, y tildar. Tenia él demasiada comprehension para tomar ninguna determinacion aventurada. Siempre gobernó la prudencia sus resoluciones.

Haviendo el Fanatismo, ese monstruo nacido de la ignorancia, y de la superstícion, vomitado su colera contra

una

una Instruccion Pastoral de Monseñor Frautson, Arzobispo de Viena de Austria, Instruccion en que este sabio Prelado establecia la absoluta necesidad de la mediacion de Jesu Christo; y se lamentaba amargamente de que se echaba en olvido este grande objeto, por no ocuparse mas que en los Santos, en las Romerias, y Cofradias; acudió Lambertini á socorrer á este digno Pastor, á quien se atrevian ya á tacharle de Herege, y alabó publicamente su zelo, y su inteligencia.

No tomó menos empeño

en vindicar la doctrina del afamado Cardenal Noris, que se queria hacer sospechosa; en proteger lo que sentian los Padres Berti, y Belelli contra los insultos de algunos Escritores, que les acriminaban de Jansenismo; en hacer la Apologia del Libro intitulado: *La Devocion arreglada*, escrito por Muratori, que iba á ser la piedra de escandalo de algunos supersticiosos.

Estas anecdotas, que sucedieron en diferentes tiempos, pero que me ha parecido juntarlas aqui todas, forman una época de las mas memora-

bles

bles á la gloria de Benedicto. ¿Qué no emprendió tambien para reformar la Congregacion del Indice, y para hacerla mas contenida en la prohibicion de los libros? La prescribió las reglas mas sabias, y utiles; y rehabilitó muchas Obras de las que con sobrada precipitacion se havian condenado.

Su zelo no fue menos activo, ni menos ilustrado respecto á la Congregacion *de Propaganda*. Tomó un exâcto conocimiento de los Misioneros, y del modo con que desempeñaban sus Misiones, con el fin de que el Evangelio se

anunciase sin disturbios, sin envidia, y sin alteracion.

Haviendo reunido en Francfort la eleccion del Emperador (Francisco II) á todos los Ministros de los Soberanos, que tienen derecho de enviarlos; Benedicto señaló al Prelado Doria, y al Abate Aymaldi, sujetos ambos que se hicieron admirar, y que honraron su discernimiento. El poseia el arte de adivinar lo que eran los hombres, y de definirlos; y esta comprehension muchas veces no provenia sino de haverles echado una simple ojeada. Asi sus Nego-

ciones de ordinario se encargaron á personas hábiles, como se vió en el Cardenal Banchieri en el Gobierno de Ferrara; y en el del Cardenal Enriquez en el de Rabena, aquel Santo, y sabio Prelado, cuya muerte lloró toda la Iglesia. (*)

Si su discernimiento en las promociones de los Cardenales no pareció siempre igualmente reflexivo, quexémonos del Siglo antes que de Lambertini. Estos tiempos desgra-

(*) Compuso unas Notas sobre el libro de la *Imitacion de Christo* por Thomàs de Kempis, que prueban su talento, y su piedad.

ciadamente esteriles obligan con demasiada freqüencia á los Soberanos á desentenderse del merito de aquellos, que elevan á las Dignidades.

El Nepotismo no le fue menos odioso, que á los Romanos. Aunque tuvo parientes medianamente acomodados de bienes de fortuna, no les dió ni Dignidades, ni riquezas. Ni aun quiso permitir á su propio sobrino que fuese á verle; y sus resobrinos se hallarian en bastante necesidad, á no haver el Rey de Cerdeña tomado á su cargo el impedirlo.

Este rigor tal vez excesivo, ser-

servirá á lo menos para que estén persuadidos sus successores, que un Vicario de Jesu Christo ha de ser de la prosapia de Melchisedec, y que no reconozca por hermanos sino á los que hacen la voluntad de Dios. "Yo me acordaré siem-
„ pre, decia Benedicto XIV,
„ que he nacido un simple
„ particular; que la Dignidad
„ que poseo, no debe partirse,
„ y que Roma no está obliga-
„ da por contrato alguno á
„ enriquecer á mi familia, la
„ qual no será respetable, si-
„ no mientras conserve su sen-
„ cilléz."

¿Qué

¿Qué no pudiera yo decir sobre esta materia? De lo ageno que vivió, ó mejor diré, de su aversion á todo lo que respiraba fausto, magnificencia, y grandeza? Siempre pareció que le era estraña la pompa de que iba rodeado; y parece que su alma no se encontraba libre sino aquellos instantes en que se hallaba sin quienes le mirasen, y sin los aparatos de respeto.

Y asi no temió exponer su Dignidad, hablando familiarmente con todos los que le buscaban, y respondiendo á los que le escribian. Era de-

ma-

masiado Philosopho para sujetarse á todas las etiquetas de la Grandeza; y demasiado afecto á los Literatos, y sabios para negarles las demostraciones de estimacion, y confianza.

Sus respuestas á Mr. de Voltaire sin duda huvieran sido mas medidas, á haver exâminado con ojos Theologicos la *Tragedia de Mahometo*; pero creyó que una pieza de Teatro no era capáz de este exâmen. El no fue en busca sino del Poeta: le halló, y le alabó. Este mismo juicio debe formarse de la Carta al

célebre Scipion Mafeo sobre los Expectáculos, en la qual no habla sino como Historiador.

Pero aun quando se huviera excedido en algo; á estas sombras ¿no las disipó el resplandor de su sabiduría? las luces de su fe, y el ardor de su caridad? ¡Qué de acciones heroycas! ¡Qué de escritos luminosos en el discurso de su Pontificado!

Se juzgó obligado á condenar la Biblioteca del P. Colonia, como á una Obra *apasionada*, en que el Autor baxo del pretexto de heregía, tacha

y

y reprueba libros muy Católicos; y como á una Obra, que haviendose hecho la cartilla de los ignorantes, les servia para arrancar de las manos de los Fieles, no solo los libros reprehensibles, sino tambien *los Escritos, que contienen lo que tiene de mas excelente, y mas acrisolado la Religion.*

Todo el mundo conoce sus Estatutos Synodales, que hemos ya citado, y que servirán eternamente de guia á los buenos Prelados; sus Bulas, el mas bello monumento del Siglo XVIII, y en fin su Obra

so-

sobre la Canonizacion de los Santos, en la qual el Autor juntamente Theologo, Jurisconsulto, Canonista, Metafisico, Medico, é Historiador expaya la mas vasta erudicion. El P. de Audierne, Capuchino, nos ha dado un excelente Compendio de esta Obra en 6 tomos en dozavo en forma de Cartas, que estuviera mas esparcido, si nuestro Siglo fuera menos insubstancial. Verdad es que Benedicto en una tan inmensa empresa escogió personas capaces de ayudarle, entre otras al docto P. Richini, Dominico, Maestro

tro ahora (*) del Sacro Palacio, al célebre P. Gerdil Barnabita, Preceptor actualmente de su Alteza Real el Sr. Principe del Piamonte, y al P. Mancini, que esté en gloria, de los Minimos; y estas elecciones no hacen menos honor al inmortal Lambertini, que sus propias producciones.

Seria dificultoso hallar una vida mas llena que la suya: sus obras, y los sucesos están, por decirlo asi, tan amonto-

na-

NOTA DEL TRADUCTOR.

(*) Quando el Marques Caracciolo dice *ahora*; *que aun viven*, &c. debe referirse al tiempo que escribia. El Original Francés, de que se ha traducido, ês de 1766.

nados unos sobre otros, que su Historiador tendria mucha dificultad en irlos siguiendo para referirlos. Nadie conoció mejor lo apriesa que pasaba el tiempo: pero esto se afanó siempre en aprovecharlo desde aquel primer punto en que el conocimiento convida al hombre al trabajo. No dexaba un estudio sino para emprender otro; y las mismas conversaciones, que se huvieran creido ser efecto de la disipacion, y de la curiosidad, no se dirigian á otra cosa, que á conocer á sus subditos. Parecia que no queria mas que

en-

entretenerse, y riendo se instruia de las costumbres, y de la capacidad de los unos, y de los otros (*).

Haviendo el Año Santo juntado en Roma en 1750 (sin embargo de lo resfriada que se advierte la Fé) una increible multitud de Estrangeros de todas edades, de todos paises, y de todos estados, el Papa

les

(*) El Cardenal Colona su Mayordomo, y el Abate Bouget, natural de Saumur, que las circunstancias particulares le llevaron à Roma, y le hicieron contraer amistad con Benedicto XIV, quando este Papa no era mas que Prelado, no faltaban á hallarse todos los dias con su Santidad, y le informaban de todo lo que queria saber.

les dió los mayores exemplos de virtud; y no fue esto por fausto, ni ostentacion, sino por el motivo de la mas viva, y tierna piedad. Atento á visitar las Iglesias, y los Hospitales, á servir á los pobres, y asistirles, renovó el zelo, y las acciones de San Gregorio el Grande. Dexó de su propia voluntad, que se le acercasen todos los Peregrinos; y les hubiera querido hablar á todos (*).

Lo

(*) Los Papas por lo general se prestan con gusto á que les hablen; y los mas pobres tienen derecho para hacerlo.

Lo exterior de su piedad nada tuvo que no fuese amable. Jamás conoció aquella devocion austera, y dlorosa, que las almas vulgares toman por la misma virtud, y que no es por lo comun á proposito, sino para engendrar la aversion, y el disgusto. El hizo consistir la Religion en lo que verdaderamente consiste, y en un cuidado para no mudar la obediencia en esclavitud, y en no hacer esclavos á los que participan de la regalía del Sacerdocio, sino en compadecerse de los trabajos de sus hermanos, y ocul-

tar sus defectos. En vez de humillar al culpado, se humillaba él mismo á vista de las misericordias de Dios, que le habia preservado de los vicios que corregia.

No pretendo disimular aqui, que no obstante su condescendencia, y afabilidad, no tuviese algunas veces raptos de impaciencia, y mal humor. Se enardecia entonces, y descargaba su indignacion; pero este mismo punto era un instante feliz: el arrepentimiento sucedia luego á su colera; su viveza se convertia en dulzura; y se descubria un alma

na-

naturalmente generosa, y compasiva, que tomaba á empeño disipar las nubes, que su prontitud habia levantado. Nadie se despidió de él jamás, sin haver conseguido las gracias que solicitaba, ó á lo menos sin estar convencido de que las circunstancias las hacian imposibles.

En quanto á su clemencia no tuvo limites. Su demasiada bondad impedia su justicia, y este exceso de conmiseracion dexó algunas veces sin castigo el delito. No podia resolverse á hacer morir á nadie: flaqueza perniciosa

Sin duda, pero que prueba á lo menos un corazon tierno, y generoso, un corazon que teme sufrir, haciendo padecer á los otros; y que les tiene por bastante desgraciados con ser delinqüentes.

Este caracter de bondad le hizo ser amado de los mismos Protestantes: Ingleses, Alemanes, Dinamarqueses, Suecos, Holandeses, que iban á porfia á rendirle sus homenages, como á un Pontifice, que juzgaban que huviera sido capaz de conservar á sus padres en la Comunion de la Santa Sede. Los acogia con

una afabilidad, que les hacia sentir no poderle reconocer por Cabeza: y no huvo ni uno solo, que despues de haverle visto, no fuese su panegyrista, y admirador.

Su cuidado de mantener una buena armonia con todos los Soberanos, le mereció el afecto de todas las Naciones. El recibió á menudo grandes muestras de aprecio de Isabel Emperatriz de la Rusia, y del Rey de Prusia, con el qual los negocios de los Catholicos de las Silesias, le precisaron á alguna comunicacion. En lugar de tomar un to-

tono imperioso para afianzar su autoridad, pensó como hombre de buenas luces, que jamás sería mas grande que quando fuese mas humilde; y que la humildad era el medio mas á proposito para hacer respetar los verdaderos derechos de la Santa Sede.

Y asi supo manejarse igualmente con todos los Embaxadores: y si pareció algo mas inclinado á los de su Magestad (el Rey de Francia) (*) fue por el motivo de que sus pren-

das

(*) Igual estimacion, y concepto hizo de los de S.M. el Rey de España.

das personales se los hicieron mas amables. Estimó al Señor Duque de Nivernois, como un ingenio adaptado para adornar las ciencias, y artes: quiso al Cardenal de la Rochefoucaut como á un alma recta, pacífica, y desinteresada: admiró al Duque de Choiseul como á un genio capaz de concebir los mayores proyectos, y de executarlos.

¿Qué no diré yo aqui de su ardor en querer cortàr las disputas de la Iglesia? ¿aquellas disputas que él vio nacer en el año de 1713, de que él siguió el hilo hasta el punto de

de su muerte, y de las quales conoció perfectamente la naturaleza, y la causa? Despues de haberse lamentado de que las divisiones subsistian siempre en Francia, y que fomentaban la incredulidad; despues de haber oido los deseos del Rey, que no se encaminaban sino á la paz; expidió la famosa Carta Encyclica dirigida á todos los Prelados del Reyno: carta en que prescribe el modo, que se ha de observar en la administracion de los Sacramentos respecto de aquellos que se oponen á la Bula *Unigenitus*: carta que tie-

tiene toda la autoridad de una Bula, segun los Canonistas, y Theologos.

Su zelo, que se extendia á todo, le obligó á moderar el uso de las Indulgencias, tesoros que la Iglesia nos ofrece, y tiene derecho de concedernos; pero que la excesiva facilidad de algunos Papas ha multiplicado á veces en demasia; de que los pecadores toman un pretexto para su impenitencia, y los incredulos hacen un objeto de irrision. Mil veces se negó á concederlas, no solo á los Religiosos, que no pensaban sino

en

en acreditar sus Iglesias con menoscabo de las Parroquias, sino tambien á los Peregrinos, que enteramente se confiaban en estas gracias.

Aqui seria el lugar de referir todo quanto hizo para extinguir las supersticiones, esos falsos resplandores, que esparce el Angel de las tinieblas transformado en Angel de luz. El quiso en esta materia hacer un escarmiento espantoso, mandando castigar á una muger, que se habia atrevido á fingir que hacia milagros, y que baxo el pretexto de honrar á la Virgen,

no

no pensaba sino en hacerse honrar ella á sí misma, y en engañar las almas simples, y credulas. Se la vió á esta infeliz ser arrastrada como rea por las calles de Roma, pidiendo perdon de haver puesto en compromiso la gloria de nuestra Religion, la qual no necesita de falsos milagros para sostenerse.

Roma tan rica en Monumentos, y de que la tierra oculta en este genero verdaderos tesoros, parece que tuvo gusto en descubrirlos á los ojos de Benedicto. Casi no se pasó año alguno, que no se en-

encontrase entre las ruinas algun fragmento de Mosaico, y algunas estatuas, y vasos de inestimable precio.

Era sobrado inteligente, y apreciador Lambertini, para no recoger estas riquezas con cuidado, y para dexar á los estrangeros la fatiga de buscarlas. Hizo formar una soberbia Coleccion, y quiso que se colocase en el Capitolio, para restituir á este lugar tan memorable una parte de su antiguo lustre; y poner á qualquiera en estado de contemplar con una ojeada las reliquias de la magnificencia Romana.

Sus

Sus empresas no se ciñéron á este objeto. El empleó mas de cien mil escudos Romanos en hermosear la Basilica de Santa Maria la Mayor, é hizo edificar una Iglesia, de que él mismo dió el plan, que se llama *San Marcelino*. Mandó que las soberbias pinturas de la Iglesia de San Pedro, que empezaban á desfigurarse, se reemplazáran por medio de las obras á la Mosaica, que las sacasen linea por linea; y este trabajo inmenso se executa con tal delicadeza, que no se las distingue de las originales.

Aqui es el lugar de citar

la

la fuente de Treve, aquella fuente cuyas cascadas, y arquitectura no contribuyen menos á la gloria de Lambertini, que al adorno de Roma. Se vé salir el agua en gruesos borbotones al través de piedras en rustico, que parecen rocas, é imitan en su caida el bramido de los mares.

Si uno pasa á los jardines de Monte Cabalo, residencia ordinaria de su Santidad, encuentra un vistoso observatorio, que hizo edificar con aquella noble sencillez, que fue siempre el caracter de los Romanos. Aqui es donde daba

muchas veces las audiencias en tiempo de verano, que iba á esparcir su animo con las conversaciones tan gustosas como utiles, y en que daba espacioso campo á su memoria llena de citas, y anecdotas. No se le habia olvidado cosa alguna de quantas habia aprendido, como se ve en las cartas á Mr. de Voltaire, en las quales cita pasages de Virgilio, que dice no haverlos leido cincuenta años havia.

Roma no fue el solo objeto de sus cuidados, pues los extendió tanto como sus Estados. El Seminario de Bolo-

nia le debe su magnifico domicilio; y la Cathedral el haverla hermoseado. De una cantera de piedra halló el medio de hacer una Iglesia, y darla un aire de magestad, de que los Estrangeros quedan admirados. Era cosa justa, que su Patria, y antigua Diocesi participasen de sus liberalidades; y se encuentran señales de ellas por todas partes.

Apenas huvo cumplido con este genero de obligacion, quando puso todas sus miras en nuestra Señora de Loreto. Hizo levantar arcos, que sirviesen de entrada á aquel augus-

gus-

gusto Santuario, y de abrigo para los viageros; y pueden ser un monumento memorable de su devocion á la Madre de Dios.

Los Puertos de Ancona, y de Civita-Vecchia se repararon tambien en su tiempo; y asi mismo una multitud de puentes, y calzadas, que sería largo referir. Se ocupó muchas veces en pensar los medios de hacer de nuevo el camino de Roma á Napoles, que puede llamarse la destruccion de los equipages, y la desesperacion de los viageros; pero sus facultades no le permitieron mas

que el desearlo. Pensó que era lo mejor pagar una parte de las deudas en que estaba empeñada la Camara Apostolica, y pagó algunos millones.

La Biblioteca Vaticana, aquel almacen de todo genero de riquezas, se aumentó considerablemente por sus cuidados. Embió á Monseñor Assemani, aquel Prelado tan sabio en las lenguas Orientales á buscar manuscritos por todas partes que pudiese encontrarlos; y favoreció los deseos del Cardenal Qüerini Bibliotecario (*) siem-

(*) Nadie conoció como este Cardenal la

siempre que se trató de aumentarla, ó hermosearla. Y asi la Coleccion de las Medallas llegó á ser el objeto de la admiracion de todos los Estrangeros.

Su Palacio lleno siempre de Sabios, parecia un Areopago (*), ó diré mejor un Cena-

la literatura Francesa, y lo debió á la correspondencia que tuvo con el Cardenal de Fleuri. Este Ministro tan honrado de las Academias por su sabiduria, como admirado de las Cortes por su sagacidad, y bondad, recreaba aun su entendimiento en la edad de noventa años con todo lo mas excelente que han escrito los Autores antiguos y modernos.

(*) El Prelado Bottari, y el P. Bianchini del Oratorio de Roma fueron del numero de los Sabios, que tuvieron mas intima amistad con Benedicto XIV.

naculo, en que los Dones del Espiritu Santo se repartian liberalmente. Todas las Obras excelentes, que se imprimieron en Roma en su tiempo, y que los Autores le dedicaban, venian á ser como unas aguas, que volvian á su fuente. Lambertini animaba á todos los hombres de ingenio; y el cuidado que ponia en alabar, y procurar recompensar á los eruditos, perfeccionaba lo que sus exemplos havian comenzado.

Salió como fuera de sí de gozo, al leer los primeros tomos de la Historia Eclesiasti-

tica del célebre P. Orsi, Dominico, Obra en que el Autor ha expendido todas las riquezas de la Lengua Italiana, y que no se hallará sujeto, que la continúe con el mismo pulso de eleccion, y pureza de idioma. No recibió con menos gusto los dos Poemas del Abate Stay (*): uno sobre el Systema de Descartes, y otro sobre el de Newton, que siendo superiores al Anti-Lucrecio del Cardenal de Polignac por la

 fuer-

(*) El Abate Stay es de Ragusa, Patria del célebre P. Boscowitz Jesuita, á quien han inmortalizado sus Observaciones Astronomicas, y Mathematicas.

fuerza de la Poesia, y por la belleza de la Latinidad, solo les falta estar mas esparcidos.

¿Qué no diré de su gusto á los libros Franceses? No cesaba de alabarlos, ensalzando á la Nacion; pero se lamentaba al mismo tiempo de que una gente tan capáz de discurrir, y escribir bien, profanase con tanta freqüencia su pluma con obras frívolas, obscenas, é impias. Con esta ocasion decia, que pasaba con los Franceses lo que con el famoso Origenes: „que no habia cosa mejor que la que

„ ha-

„ hacia bien, ni peor que la
„ que hacia mal." *Ubi benè, nemo mèlius; ubi malè, nemo pejus.*

Queria que los Predicadores Italianos tomasen por modelos á Bourdaloue, y Massillon; y que no empleasen su lengua tan pomposa, y rica de expresiones, sino en hacer conocer en lo que consiste la Religion, y en imprimirla en los corazones. Faltó poco para que diese á la Iglesia un nuevo Breviario mas exacto, y mas bien distribuido; pero la dificultad de mudar los Antifonarios, y Procesionarios

le

le detuvieron. Sabia que un Clerigo, que reza en un Breviario como el de París, se instruye al mismo tiempo que reza; y que su memoria, y su corazon se llenan de todo lo mas á proposito que hay en la Escritura, y Santos Padres para celebrar los mysterios, y las fiestas, y para reformar las costumbres.

Su zelo, que quando las circunstancias parecieron requerirlo, nunca dexó de manifestarse, prorrumpió contra los errores de Berruyer. Vió con el mas profundo sentimiento que este discipulo del

fa-

famosisimo Harduino se havia atrevido en una voluminosa Obra, á hacer una especie de Romance de la Sagrada Escritura; y coadyuvando al zelo del Arzobispo de París, que acababa de condenarla, la prohibió por un Breve de los mas energicos, y solemnes.

Expidió igualmente otros Breves contra otras Obras hijas del espiritu de las tinieblas, en que destila su veneno la incredulidad de nuestros tiempos. Mirabala él como un preludio de la apostasía profetizada por S. Pablo, y se afligia por la gran sinceri-

ridad de su corazon de haver sido reservado para vivir en unos tiempos tan perversos. Sus oraciones, y deseos no tenian otro objeto, sino pedir que se acabase esta señal visible de la indignacion de Dios sobre su Pueblo.

A la medida que veia perseguir á la Iglesia, se esforzaba en glorificar á aquellos que mas havian contribuido á su explendor, y edificacion. El hizo instruir sus causas, y colocó sus reliquias sobre los altares. Pensaba que nuestra fé tan resfriada podia enardecerse con estos socorros, y exemplos,

plos, y que quanto mas vacilaramos en los caminos de la salvacion, tanta mayor necesidad teniamos de intercesores.

Por este mismo motivo fue á buscar en el retiro de los claustros hombres poderosos en la obra, y en la palabra para consagrarles Obispos, y confiarles una parte de la heredad de Jesu Christo. Aunque se lamentaba amargamente del excesivo numero de Religiosos, no dexó de dar señas de estimacion, y confianza á los que las merecian: muchas veces les visitó en persona, y estas visitas no tenian otro fin

que

que enseñar á los Obispos, que se honran á sí mismos, quando honran á las personas consagradas á Dios; y que las Ordenes, y Congregaciones comunmente no se pierden, sino porque se las dexa caer en el vilipendio, no haciendo de ellas el caso que se debe.

Benedicto era uno de aquellos hombres, que sentirá la posteridad no haverles conocido; uno de aquellos hombres que sabia proporcionar su zelo, su sabiduria, su caracter segun los tiempos, los lugares, y las personas. Semejante á aquellos animales mysteriosos de

de que habla el Apócalypsis, y que figuran á los Evangelistas: él parecia un Leon para extinguir los vicios: un Hombre para compadecerse de las flaquezas, y un Aguila para subir las almas al Cielo.

Pero no le miremos ahora como Soberano, y como Pontifice, para no considerar mas que su persona: quiero representar á Lambertini sin otra comitiva, que sus propias virtudes, sin otro adorno, que sus propias luces, aplicado á practicar en secreto aquello que mandaba en publico. Una oracion, que no la interrumpia, sino

nò el estudio, una frugalidad, que consistió siempre en una comida del valor de un Escudo Romano (*), unos paseos en que el alma perdia de vista los negocios del mundo, para contemplar las maravillas de Dios, unas conversaciones con dos, ó tres amigos sobre materias cientificas, ó sobre lo extravagante de los hombres, sus cartas escritas sin artificio; pero llenas de razon, y de espiritu. Esta fue su vida particular: Philosopho hasta en

sus

(*) El Escudo Romano vale veinte reales de vellon.

sus cosas domesticas, apenas se le ofrecia si estaba bien, ó mal servido.

Se le vió bajar en medio de los Peregrinos, que diariamente se sustentan en el Palacio del Soberano Pontifice; sentarse junto á ellos, instruirlos, y consolarlos. Vióselele dar consejos á estas gentes con una ternura verdaderamente paterna, dignarse de hablarles con tanta familiaridad, como si fuera un igual, y gustar aun de oirles discurrir. „Yo „temo, decia, parecerme á „aquellos grandes personages, „de quienes se hace burla, á

G „fuer-

„ fuerza de respetarlos, y que „ no se instruyen en nada de lo „ que debrian saber, porque „ nadie se les atreve á hablar.“

Esta bondad de caracter la hacia sensible á todas las necesidades de sus hermanos; y sin referir todos los generos de miserias, que quiso saber para aliviarlas, me contentaré con citar un exemplo.

Tenia mucha penetracion para no conocer, que las penas del alma son infinitamente mas crueles que las del cuerpo; y asi procuraba desentrañar en los sujetos quienes eran, y sus estados; con el fin de co-

colegir la naturaleza de sus pesares, y remediarlos.

Abrió los ojos para considerar la excesiva soledad de las Monjas; y previendo con razon, que el disgusto, y desabrimiento podia resfriar los exercicios de piedad, permitió á algunas de Roma salir dos veces al año, con tal que fuesen de quatro en quatro, y siempre en compañia á visitar las Iglesias, y los Monasterios de mugeres. No ignoraba, que la sola esperanza de una recreacion es capaz de consolar por seis meses á una pobre Religiosa, que se aflige

muchas veces en el interior de la clausura, y que en el espacio de los otros seis se ocupa en hablar de lo que ha visto.

„Se sirve á Dios de buena gana, decia, quando se le sirve „con alegría; y asi pide la „prudencia, que se aligere el „yugo á las personas, cuyo „género de vida es austero; „y que no se haga pasar á ser „esclavos á los que son verdaderos hijos de Dios.“

Y asi no podia sufrir á aquellos Superiores, que jamás se les asoma al semblante la risa, y que baxo el pretexto de hacer observar la Regla, apacientan

tan su soberbia, y mal humor. Por esta razon encargaba freqüentemente á diferentes Generales de las Religiones, que recibiesen con afabilidad á los Apostatas: que volvian á sus Conventos. „Yo quisiera, decia á este proposito „que al„gunos Religiosos pensasen „menos en sus Reglas parti„culares; y que pensáran an„tes en la de Jesu Christo, que „es la primera de todas, que „esencialmente consiste en la „caridad.“

Haviendo entendido, que ciertos Religiosos se quejaban de que se havia dado al publi-

co la Vida de su Fundador sin haverles consultado, y de que esta Obra pecaba de sobrado mystica; la quiso leer, y despues de haverla leido, les escribió estas palabras: „Sed tan
„ Santos, como lo fue vuestro
„ Fundador, y hallaréis bien
„ escrito el libro de que os que-
„ jais; pero temeis no se os
„ haga un paralelo. Cada uno
„ tiene derecho de escribir las
„ Vidas de los Santos desde
„ que se propone la edificacion
„ del pùblico: estas vidas no
„ deben alterarse, por contem-
„ porizar con la falsa delica-
„ deza de un lector. Yo he re-
„ fe-

„ ferido en mi Obra de la Ca-
„ nonizacion de los Santos,
„ quanto han dicho los Auto-
„ res contemporaneos, sin de-
„ tenerme en lo que el mun-
„ do podia decir. Lo que pa-
„ rece pequeño á nuestros ojos,
„ es muchas veces lo que ha
„ obrado Dios de mas grande,
„ y maravilloso en sus Sier-
„ vos. Lo que se ha de buscar
„ en los Santos son los actos
„ de Fé, de Caridad, y Hu-
„ mildad, pues no es otra cosa
„ lo que les ha salvado; en vez
„ de que los Heroes del mun-
„ do no son recomendables si-
„ no por una prudencia toda

 „ car-

„ carnal, y por una politica
„ toda humana. Jesu Christo
„ nos dice, que San Juan Bau-
„ tista fue el mayor de los
„ nacidos de las mugeres; y
„ el Evangelio se contenta con
„ decir, que vivia en el de-
„ sierto, que iba vestido de
„ pieles de camello, y que
„ no se sustentaba sino de lan-
„ gostas, y miel silvestre, y
„ no bebia cosa alguna de las
„ que pueden embriagar. Esto
„ nos debe persuadir, que no
„ hemos de medir lo grande de
„ los Santos segun las ideas
„ del mundo, y que es necesa-
„ rio pintarles asi como fue-

„ ron.

„ ron. Por lo demás, de qual-
„ quiera manera que se huvie-
„ ra escrito la Historia de vues-
„ tro Fundador, huvierais que-
„ dado descontentos. Es impo-
„ sible dar total gusto á los
„ individuos de una Comuni-
„ dad. Lo que les gusta á unos
„ no les gusta á otros; y to-
„ do les disgusta, quando no
„ se conforma con sus ideas.
„ Por lo que á mí toca, todo
„ lo que he podido notar es,
„ que el Autor es demasiado
„ largo; y que sus tres tomos
„ se podian realmente reducir
„ á uno solo: pero él no ha
„ dicho nada de sí mismo, y
„ en

„len esto es muy digno de
„alabanza."

Me ha parecido que debia traer esta carta toda entera, conforme se encuentra en una pequeña Obra intitulada : *De la Sinceridad Christiana* ; con el fin de manifestar que Benedicto, aunque amigo de los Religiosos, les conoció, y no les lisonjeó.

Verdad es que sus reprehensiones, y correcciones jamás fueron efecto de la preocupacion. Esta nube, que obscurece casi siempre la vida de los Soberanos, nunca ofuscó su entendimiento. Siempre conoció

ció el merito, sin que lo impidiesen las nieblas, que la venganza, ó la envidia podian levantar, y era bastante que qualquiera sujeto tuviese valor para hablarle con desestimacion de otro, para que él no le escuchase. Y así no se le vió pasar de aquellas alternativas de estimacion, y benevolencia á los afectos contrarios de aborrecimiento, y desprecio, ni retirar los beneficios que havia hecho, ni retractarse de los que huviese prometido, baxo el pretexto de qualquiera noticia en contrario, ó de alguna delacion. Esto es lo que él mis-

mismo expresa en una carta escrita al Marques Scipion Mafei, fecha en 18 de Marzo de 1749, con ocasion de un Libélo en que este sujeto era infamado.

„Sin haver aborrecido ja-
„más á persona alguna, sé de
„que es capáz el odio; sin
„haver jamás buscado pretex-
„to para vengarme, conozco
„hasta donde puede llegar la
„venganza; sin ser envidioso,
„no ignoro todas las estrata-
„gemas de la envidia. Hablan-
„do ingenuamente, os doy
„el parabien de que seais al
„presente el blanco de sus ti-

„ros,

„ ros ; pues quando yo quisiera
„ dudar de que sois un grande
„ hombre , ya no me seria po-
„ sible despues que os veo per-
„ seguido , y que se os llega
„ á tachar vuestra Religion,
„ y costumbres. Se pudiera
„ formar un gran volumen de
„ todas las persecuciones , que
„ casi todas las personas de me-
„ rito han experimentado en
„ este asunto , despues que se
„ escribe , y aun mas des-
„ pues que se imprime. No
„ hay especie de denigracio-
„ nes, que asi la venganza, co-
„ mo la envidia no empleen
„ para desacreditar á aquellos,

„ que

„ que les hacen sombra. Ellas
„ comienzan casi siempre por
„ invadir las costumbres, lue-
„ go la Religion, y aun poner
„ en duda el nacimiento: lo
„ qual no lo digo sin funda-
„ mento; porque siendo Arzo-
„ bispo de Bolonia, leí unas
„ Memorias en que se les des-
„ pojaba á los de la primera
„ nobleza de aquel país de sus
„ propios apellidos, preten-
„ diendo, que sus Padres los
„ havian usurpado; y estas pre-
„ tensiones, aunque eran total-
„ mente quiméricas, hallaban
„ credito con las gentes débi-
„ les, y envidiosas; que es de-
„ cir,

„ cir , entre las gentes de que
„ hay mas , segun dice el Car-
„ denal Paleoti. Respecto de mí,
„ siempre he mirado á los li-
„ belos , y delaciones como la
„ peste mas universal , y mas
„ perniciosa : y muchas veces
„ ellas mismas han sido moti-
„ vo para inclinarme á hacer
„ aun mas bien á aquellos de
„ quienes conocia sus buenas
„ qualidades. Los Jueces no fa-
„ llan ninguna sentencia , sin
„ haver primero oido las dos
„ partes , y haver examinado
„ sus razones , y casi todos los
„ hombres de plaza se resuel-
„ ven por el primer informe,

„ lo

„ lo qual hace su conducta
„ manifiestamente injusta.

„ ¿No será pues mejor ha-
„ cer bien á uno que no lo me-
„ rezca, que exponerse á aban-
„ donar á un inocente? Nadie
„ se preocupa con mucha faci-
„ lidad, sino quando se alegra
„ de encontrar un pretexto pa-
„ ra no obligar á nadie: y esto
„ es tanta verdad, que son ne-
„ cesarias recomendaciones de
„ todas especies para determi-
„ nar á una persona poderosa á
„ que comunique sus benefi-
„ cios á qualquiera sujeto de
„ merito; y no se necesita mas
„ que de una palabra para
„ ha-

„ hacerla volver atrás."

"Pero lo peor que hay „ es, que la misma piedad, „ que era la que menos ha- „ bia de creer el mal, se de- „ xa impresionar. He visto al- „ gunos devotos no querer „ ni aun oír la justificacion de „ aquellos, á quienes tenian en „ mal concepto, porque esta- „ ban ya preocupados por su „ Confesor: como si una per- „ sona, aunque sea Eclesiastica, „ no pudiera engañarse, y no „ estuviese sujeta, como las „ otras, á la venganza, y á „ la envidia."

"Quán terrible cosa es

 ha-

„ hacer mal, creyendo hacer
„ bien, y sacrificar á la
„ obstinacion un sugeto ino-
„ cente! Me causa horror, os
„ lo confieso, el considerar
„ todos los males que arrastra
„ consigo la preocupacion. No
„ puede uno indemnizarse de
„ estas fatalidades, sino tenien-
„ do por sospechoso á todo
„ sugeto que viene con chis-
„ mes, y acusaciones; y to-
„ mando el medio de infor-
„ marse con la mayor exâcti-
„ tud de todas las razones
„ que están de parte del car-
„ go, y del descargo.

„ No temais: pues yo de
„ nin-

„ ningun modo os tengo por
„ sospechoso de quanto vues-
„ tros contrarios os imputan;
„ antes bien creo, que ellos son
„ unos grandes malvados en
„ haverse atrevido á desacre-
„ ditaros publicamente. Aun-
„ que el mal huviera sido ver-
„ dadero; ellos havian de ha-
„ verlo callado..... Yo os aprue-
„ bo el partido que haveis to-
„ mado de no responder. Si
„ aquellos que no os conocen,
„ toman la contraria, tanto
„ peor para ellos. No hay que
„ pensar en curar á todos los
„ hombres de sus aprehensio-
„ nes. Yo soy mas que nunca

„ vuestro amigo, &c."

Esta sola Carta bastaría para inmortalizar á Benedicto XIV. ¡Quán admirable es en la pluma de un Soberano! ¡Quán magnanimo era su corazon para escribir de este modo! Y quán ilustrado estaba su entendimiento!

Pero quanto temia dar oidos á los delatores, tanto mas se empeñaba en conocer á los hombres afamados. Qué testimonios de aprecio y benevolencia ¿no dió, asi á las Sociedades distinguidas en la Iglesia, como á los particulares recomendables por

su sabiduría? Sus Breves dirigidos á diferentes Universidades: sus Obras enviadas á la Sorbona, y sus Cartas á los Escritores mas célebres publicaban lo que gustaba de las ciencias, y su aficion á los sabios. Muchas veces como que se glorió de tener por Catedraticos en el Colegio de la Sapiencia á los PP. Jaquier, y Le Seur, Religiosos Minimos, cuyo merito y Obras conocidas en todas partes, les han grangeado el honor de estar asociados á las Academias de París, de Londres, y de Berlin.

Ya havia tiempo que la sa-

lud de Benedicto se menoscababa, y que la hinchazon de una pierna tenia con cuidado á los Medicos, quando escogió por succesor suyo para el Arzobispado de Bolonia á Monseñor Malvezzi su Camarero, y conciudadano. No fue el solo regalo, que hizo á su Patria. Envió tambien su retrato en Mosaico al Instituto (aquella famosa Academia, á la qual los más de los sabios de Europa se glorian de estar asociados) como una prenda inmortal de su estimacion, y afecto.

Haviendose juntado los Padres

dres Dominicos en 1756 para elegir General en lugar del P. Bremond, á quien una inopinada muerte acababa de arrebatar, quiso el Papa presidir en persona á esta eleccion. No para coartar los votos, sino para dar una prueba autentica, y solemne de su agradecimiento y amor á la Orden de Santo Domingo. El magestuoso Discurso, que pronunció él mismo sobre este asunto, y que le tengo á la vista, es de las mejores piezas de eloqüencia, y propiedad Latina, en que se echa de ver la vigorosa mocion de

Lambertini, y se admira un fuego, que no pudo disminuir su ancianidad.

Aqui es donde confiesa deberlo todo á los Dominicos, y se congratula de haverles sido siempre adicto, y en donde preconiza la Doctrina de Santo Thomás, como la fuente, de que varias veces ha sacado la Iglesia sus decisiones, y de donde dice que sacó él todo quanto sabia; y aqui es donde exâlta con complacencia todos los Santos y todos los Pontifices, que han salido de la Familia de Predicadores. Aunque huviera dese-

seado ver General ; al célebre Padre Richini , hombre el mas humilde y mas sabio, aplaudió con júbilo la eleccion del Rmo. P. Mro. Bojadors, cuyo merito iguala á su nacimiento.

Haviendo la enfermedad del Cardenal Valenti , que provino de un trabajo de sobrado teson , reducido al fin á este Purpurado á una especie de insensibilidad , que ni le permitia trabajar ni hablar ; el Papa lo hizo todo por sí mismo. Monseñor Rota, Secretario de la Signatura , y Prelado muy habil , fue llamado con fre-

frequència; pero casi siempre encontró, que nada le quedaba que hacer, sino admirarse.

La eleccion del Cardenal Archinto despues de la muerte de Valenti, que sucedió en Viterbo en 28 de Agosto de 1756., fue una nueva ocasion para aplaudir el discernimiento de Benedicto. El halló en este nuevo Ministro toda la rectitud de corazon, y todo lo ajustado de conciencia, que deseaba, de modo que Clemente XIII. le conservó el propio empleo: y aun lo estuviera exerciendo, si una inpensada muerte no le huviera

ra llevado al sepulcro.

Por lo que mira al Cardenal Valenti, fue poco llorado, aunque havia sido muy merecedor de su empleo. Se sospechaba que tenia grandes tesoros; pero el tiempo ha hecho ver que en esto se padecia engaño. Pues á mas que no procuró á sus parientes sino muy cortas conveniencias de fortuna, y honores; su herencia no consistió sino en muebles de mayor curiosidad que de valor.

Parece que un Pontificado tan sabio, y tan célebre como el de Lambertini, havia de estar

tar esento de turbulencias, y disputas: pero ¿quál es el Reyno en la Historia que no haya sufrido tempestades?

Estaba todo en paz, quando la Republica de Venecia emprehendió hacer valer sus pretensiones, á las quales creyó el Papa que no podia deferir. Puede ser acaso que esto no fuese otra cosa, que un efecto del resentimiento de los Venecianos con ocasion del Patriarcado de Aquilea, que no obstante sus representaciones, y quejas, acababa de suprimir á peticion de la Reyna de Ungria, cuyas virtudes

des

des siempre respetó.

Fuese lo que fuese, él escribió dos Cartas en que demuestra las razones de la Santa Sede con una energía capáz de mover y persuadir. En la primera habla á los Venecianos como Padre tierno y afligido: entra á referir por menor las razones con que es patente á todo el mundo, que la Cámara Apostólica está en extremo empeñada; y que la Corte de Roma es mucho menos rica de lo que se crée comunmente. En la segunda habla como Pontifice, que conocia toda la extension del

po-

poder espiritual, que le estaba confiada, y que debia sostenerla á expensas de su propia vida.

No obstante un zelo tan sabio y fervoroso, no tuvo el consuelo de terminar estas diferencias. Esta gloria estaba reservada para el piadoso Rezzonico.

Roma que veía acercarse la pérdida, de qué estaba amenazada, pedia al Cielo que dilatase una tan funesta desgracia. Los Medicos se juntaban á menudo en Monte-Cavalo; pero si ellos daban algunas vislumbres de esperanza, la edad

edad de 83 años, la hacia bien presto desvanecer. Entre tanto el Papa se dexaba ver en público, y obligaba á la misma muerte á respetar sus ocupaciones, siempre igualmente gloriosas, que útiles.

Su mano estaba ya casi fria, quando él la reanimó para escribir el Breve, dirigido al Cardenal Saldaña, Patriarca de Lisboa, con el motivo de los Jesuitas de Portugal.

Este fue el último escrito de Benedicto. Los síntomas de la muerte empezaron á declararse, y él no lo advirtió sino

para

para pedir con ansia aquellos mismos Sacramentos, que tantas veces havia administrado. Recibiólos con una edificacion de que era deudor á toda la Iglesia, y como un testimonio de una vida toda empleada en buenas obras, que havia acuñado para la eternidad.

Su natural buen humor le hizo volver á tomar ánimo, y fue á unirse á su Religion para ayudarle á sufrir los dolores, que fueron de los mas agudos. Dixo aun algunas agudezas; y si tocante á esta materia no fue tan contenido como

mó debia, no lo atribuyámos sino á cierta vivácidad que no estaba en su mano. Se podria hacer una coleccion de sus conceptos agudos, en que no siempre tuvo parte la refle-xîon, y que la lengua Italiana, y tambien el uso de su país nativo parece, que los autoriza. Continuó hasta el fin de su vida en dar muestras de su afecto á la ilustre casa Colona, de la qual havia recibido muchos beneficios.

Quando le comenzó á faltar la voz, se explicó como los espiritus celestiales, en cuya gerarquía iba á colocar-

se, hasta el punto que espiró, que fue el dia 3 de Mayo de 1758, despues de un Pontificado de diez y ocho años, del qual la misma Religion se gloría, y lo pone en el numero de sus triunfos.

La consternacion fue general al primer aviso de su muerte; y aun los mismos Protestantes (cosa verdaderamente de admirar) se unieron á los Católicos para llorar á Benedicto el Grande, y alabarle. Nadie huviera dicho sino que tenian un mismo culto de Religion ellos con nosotros; y que la muerte nos havia quita-

do

do á un mismo Padre comun.

Si el retrato (*) de Benedicto XIV está mas bien impreso en el corazon de los que me leyeren, que en esta relacion historica; á lo menos tengo la gloria de ser el primero que consagro un Elogio público á su memoria. Verdad es que tenia obligacion de hacerlo, no solo porque

I 2 fui

(*) Era pequeño de estatura, la frente ancha, la cara redonda, la vista penetrante, y un ayre primoroso, y festivo, en que se manifestaba la penetracion de su entendimiento, y el buen humor de su caracter. Decia èl á este proposito, que no tenia fisonomia de Papa, por no tenerla bastante grave; pero que suplicaría á los Pintores, y Escultores, que le hiciesen el favor de darsela.

fui testigo de la mayor parte de las acciones del inmortal Lambertini, sino tambien por haver sido honrado con su proteccion, y sus favores. (*)

(*) Aqui correspondia dar un breve compendio de las Obras de Benedicto el Grande, pero como el dia de hoy están esparcidas por todos los países; basta decir, que componen mas de doce tomos en folio, y que hay cinco en Latin de la Canonizacion de los Santos; y que los otros, entre los quales se encuentran piezas en Italiano, contienen Bulas, y Breves. En quanto á las Cartas, que escribió á sus Amigos, compondrian una Coleccion tan importante, como voluminosa, si se pudiesen juntar. El Cardenal de Tencin, que las recibia muy á menudo, decia, que el estilo Lambertiniano era lo mismo que el Ciceroniano, y que aun algunas veces le excedia: (pero esto no debe tomarse tan à la letra.)

En

En casa de D. Juan Blanques, calle de las Carretas, n. 2 quarto entresuelo, encima de la Aguardentería se venden.

Caton sin muestras de escribir á 12 quartos.

Caton con muestras á 2 rs.

Belarmino con exemplos à 4 rs.

Catecismo para confesarse los niños y niñas á 2 rs.

Meditaciones que mandó imprimir la Princesa N. Sra. à 2 rs.

Tragedias de Garci Sanchez, y Ana Bolena a 4 rs. cada una.

Aritmetica para aprender sin Maestro à contar à 4 rs.

Epitome de la Historia fabulosa à 2 rs.

Targetas acartonadas de mas de cien generos diferentes á ochavo; y tomando mil, à 50 rs.

Estampa de los Fundadores de las Religiones à 6 rs.
Librito todo de estampas finas de la Misa à 6 rs.
Leccion de Benedicto Varqui, sobre si la Pintura es primero que la Escultura à 4 rs.
Novena de la Inmaculada Concepcion, Principal, y Universal Patrona de España, un real.
Explicacion de todas las piezas que componen el fusil, carabina, y pistola con dos estampas finas à 4 rs.
Dos Cursos, ó Colecciones de muestras de escribir, uno grande, y otro chico, cada uno con sus pautillas correspondientes; el grande 2 rs. y el chico uno.
Instrucciones, y Meditaciones para ganar los Jubileos, é Indulgen-

cias, sacadas principalmente del Concilio Tridentino, escritas en Francés por el Illmo. Sr. Bosuet, y traducidas en Castellano, à 4 rs.

Estampa de Maria SSma. de los Dolores un real.

Dos Estampas finas, que representan el Zebro, y la Zebra, especie de animales la mas hermosa entre los quadrupedos, que se reconoce en la naturaleza, con su descripcion adjunta, un real.

Curiosa, y devota Estampa de Jesus Nazareno con la Cruz à cuestas, y al rededor varias otras Cruces, para que cada uno imitandole en su estado, llevando con paciencia la suya, la convierta en escalera para el Cielo, para ser coronado de

gloria, lo qual se significa en las escaleras, y coronas de la parte superior de la Estampa.

Estampa fina de pliego mayor que Imperial, en que se representa, una fiel, y exâcta Copia del Quadro Original de Amiconi, donde estàn de cuerpo entero los Retratos de D. Fernando VI, y Doña Barbara de Portugal su Esposa, y de otras Personas de la ordinaria concurrencia de su Corte: gravada por D. Joseph Flipart.

Dos Discursos: uno sobre el modo de Predicar, y otro sobre el Estilo, y Eloqüencia de la Sagrada Escritura del Abad Claudio Fleury, traducidos en Castellano.

Estampa que representa à Maria SSma. baxo el tierno atributo de Madre Amable.

